NOCHE DE MAGOS

Y ocurrió que una estrella inesperada
—tal un ascua que salta de la hoguera
y vuela por los aires aventada—

se encontró libre de repente, fuera
de la constelación que la tenía
desde un tiempo sin tiempo prisionera,

donde órbita tras órbita volvía
a rociar el vacío sin sonido
con la esquila de luz que retiñía.

Sola, emigrada, lejos de su nido,
palomeaba jubilosamente
hacia algún azimut desconocido,

y ponía en su estela incandescente
un súbito diamante de alegría
con que rayar la noche trasparente.

En ella la encontró la astrología
cuando indagaba por el firmamento
impasible e igual de cada día:

una fruta de fuego, qué portento,
caída del inmenso árbol de estrellas,
alto e inmóvil hasta aquel momento.

¿Era así, acaso, como hablaban ellas
o es que su aparición significaba
que les urgía a rastrear sus huellas?

¿Un prodigio tan grande se anunciaba
que un signo sideral le precedía
que el curso de los astros alteraba?

Tres preguntas unánimes había,
tres miradas clavadas en el cielo,
que en tres perplejidades convergía,

y un mismo impulso para el mismo anhelo:
seguirle como a un ave hacia el trasmonte
por ver la rama en que posaba el vuelo.

Tres caravanas van al horizonte,
a recorrer la duna y la pradera,
cruzar el río y sortear el monte.

¿Fue un astro o una antorcha llevadera
la que alumbraba, al paso, su andadura
entre sombras de nópalo y palmera?

Se detuvo, por fin, y ¡qué blancura
nueva, desparramada, matutina,
se desprendió, de pronto, de su altura!

Un alba cegadora y repentina,
amanecida así, verticalmente,
sobre la medianoche más divina.

Las caravanas llegan finalmente:
sorpresa tras sorpresa en el camino
para un encuentro aún más sorprendente.

Primero fue aquel astro peregrino;
luego, el ángel que ungía los umbrales
de campana, de cítara, de trino;

después, la gruta con los animales,
lenta rumia, lentísimo resuello
—¿a este prodigio instaban las señales?—;

un hombre, una mujer tendido el cuello,
y allá, al fondo, por último, el balido
—ni siquiera un relumbro o un destello—

de un niño recental recién nacido.
¿Tal vez los tres a un tiempo se engañaron,
o había en todo aquello algún sentido?

Lo cierto es que al entrar se arrodillaron
—habían comprendido: era la Hora—
y en silencio miraron y adoraron:
el mundo iba a ser niño desde ahora.

Manuel ALONSO ALCALDE